

sanguínea es imponderable, me apartara del barrio más con sus manos que con buenas razones. Luego Clara, con quien hube de sostener nuevos y terribles choques en defensa del patrimonio del huérfano, el campito del Trigal que ella pretendía detentar. Esta fué la más desafortada batalla que con Clara he sostenido. Aunque ya mayor de edad cuando dió principio, era mi inferioridad manifiesta ante aquel adversario, pródigo en gracias y largo en favores; pero yo defendía la justicia y la inocencia, defendía la voluntad de una muerta, y la batalla se dió, reñidísima, enzarzándose jueces, abogados, procuradores, códigos y doctrinas, hasta sacar triunfante el derecho de Arturito Riquez y quedar de legítimo dueño del campo quien por derechos naturales lo había heredado.

Antes del fallo, Clara vino á verme en la tienda, la vez primera que nos veíamos después del rompimiento en el patio aquella noche de la sorpresa. Vino hermosa, soberbia, sahumada con finos perfumes, despertando el alerta por toda la carrera. Vino y trató de catequizarme para que se diera fin al pleito, tocando el registro de mi *reconocida bondad* como el mejor medio de vencerme; ¿qué empeño tenía en sostener los derechos de aquel inclusero, aquel *guacho*, que decía ella, hijo del acaso? ¿No valía más que partiéramos fraternalmente el campo? Me encerré en severa negativa, y convencida de su derrota, furiosa, me dió una bofetada.

Y se marchó, diciendo á voces:



Con estos buenos de nacimiento no se puede tratar

— Con estos buenos de nacimiento no se puede tratar; ¡la sacan á una de sus casillas!

¡Ay! Aquella bofetada de mi hermana Clara la siento todavía, y en muchas ocasiones me he preguntado si la merecí en justicia por bondadoso. Lo cierto es que el campo del Trigal, tan disputado, y que á las manos vino á parar del primer Arturo Riquez, mi ahijado, por muerte de éste prematura cayó en poder de su hijo el Arturito Riquez de ahora, este tarambana que olisquea mi herencia, quien en menos que canta un gallo lo liquidó alegremente. Y digo yo: si esto había de ser así, ¿no fuera mejor entenderse con mi hermana Clara? ¿Mi bondad no fué entonces la causa inicial del desafuero posterior? ¡Cuántos bofetones, y no de los inofensivos como el de Clara, ya que manos blancas no ofenden, sino de los que hacen crujir los huesos y derriban á un coloso, me he ganado luego, por motivos semejantes, del Destino ó llámese como quiera el fantasma que dicen los fatalistas nos guía y empuja hacia determinado fin!

Total, que salí castigado en aquella emergencia, pero ganancioso; y nombrado tutor del pequeño, que ya comenzaba á enredar y era un relámpago de vivaracho, pude abordar el problema de dar por terminado mi pupilaje en la tienda de Vargas. Había logrado arrendar esta quinta á un inglés rico en una suma suficiente para mis necesidades, arrendado también estaba el campito, y el producto lo recibía yo á nombre de mi ahijado; sin afición al comercio, sin ambiciones,

me parecía llegada la hora de realizar mi aspiración suprema: ser feliz. Y ser feliz, para mí, importaba casarme, ríanse los escépticos, los desengañados, los calaveras y toda la cáfila de prójimos estragados ó ahitos. Porque yo nací para marido; Sara y Damasia no se engañaban. Poseía todas las condiciones especialísimas de ternura, de abnegación, de constancia, de ecuanimidad, de templanza y hasta de cortesía que son necesarias, indispensables, para la convivencia marital. Si hay guasón que se corra por el lado de la malicia y apunte al ridículo, diré que junto con estas virtudes figuraba el mejor guardián: los celos, no de clase brutal é impertinente, sino los que son hijos de la dignidad misma y la acompañan á la manera de las espinas á la rosa para su defensa.

Confieso que hasta entonces no había encontrado yo mujer, á mi gusto, que creyera digna de confiarla mi tesoro. Después la encontré, creí encontrarla... Sigamos.

Resuelto estaba, por consiguiente, á abandonar á D. Aquiles, pero no quería hacerlo bruscamente; y eso que motivos no escaseaban. Antes que yo se marchó Salustiano, requerido por no sé qué empresa de ganadería y aburridísimo del mal trato del patrón que, á causa de su pereza y su censurable costumbre de hurtarle golosinas, le mostraba más tirria que al veneno. Yo me alegré de su marcha, porque Salustiano era rematadamente corrompido; dígolo con todas sus letras en la seguridad de que esto no lo ha de leer él, que

si no, callaría mi opinión, á pesar de que ni la amistad ni sentimiento alguno pueden moverme en favor de quien fué siempre mal compañero y lengua viperina.

Creía yo que D. Aquiles se apresuraría á reemplazar á Salustiano con otro mozo á quien confiar los menesteres que yo, por mi cargo y mi rango social, no estaba obligado á llenar; pero contando sin duda con que el rico vellón de los borregos se saca, el mismo día de la despedida de Salustiano me dijo muy fresco:

— Toma, Juanito, la escoba y el plumero y limpia bien todo. Como todo lo haces bien y para todo tienes tiempo, cada mañana te darás un fregadito y así me evitas el tomar otro dependiente que será tan bruto ó más que Salustiano.

Repliqué con blandura que me excusara de semejante faena, porque yo no era criado. Se enfureció en seguida, y prendida la pólvora de su ira, atronó la tienda con los gritos, de modo que no esperé yo á más para volverle la espalda y decidir mi separación.

Chillando le dejé, y chillando, con la cara descompuesta por el coraje, me le represento cada vez que la memoria evoca á aquel energúmeno, muerto más tarde ahogado de coraje, como tenía que morir, y según noticias que considero verídicas.

Le dejé, pues, sin rencor de mi parte y sin pesar de la suya, porque ya sabemos que era hombre que no se rendía á los sentimientos, y ni el roce, ni la costumbre, lo menos que puede ligar un ser á otro, influían un ápice en la insensibilidad de su corteza. Más

arriba de la tienda, en la misma calle, alquilé un pisito con dos balcones, y con mis muebles y otros que compré le puse tan mono, que Sara y Damasia, cuando me traían el niño los domingos, decían que por allí forzosamente había pasado la mano de una mujer, por el buen gusto, la armonía, el cuidado que en todo resplandecía, y tras de una cortina estaba de seguro la oculta maga organizadora de tales maravillas; y como quiera que cada vez hallaban algo nuevo que admirar, insistían, cómicamente, en buscarla, porque casa de soltero con orden es lo mismo que noche con sol.

—Y si no hay tal mujer —respondía Damasia, — es preciso que usted la busque y se la traiga para que le alegre la jaula; da pena verle á usted aquí tan solito.

Más pena me daba á mí, que aunque deseara alegrarla no podía, como no fuera como Dios y la ley lo mandan; pero para esto era preciso buscar y esperar, y entretanto, de hábitos caseros y poco dado al bullicio, mis veladas, generalmente las noches que no iba á casa de mi tío Tejera ó al teatro, las pasaba solo, porque mi horror al juego, que hubiera sido el más sabroso aliciente, espantaba á los amigos, y creo que ni uno solo de los pocos que alternaban conmigo en la librería de Montiel puso jamás los pies en mi casa.

Comenzaba á aburrirme. Mal que mal, en la tienda de Vargas me distraía algo haciendo números, apuntes ó estaciones con la clientela. Ahora, salvo la visita semanal de Arturito, á quien dedicaba todos mis desvelos, insuficiente ocupación para llenar el grande va-

cío de mi juventud, la soledad me seguía y acompañaba siempre. Fué aquel mi cuarto de hora psicológico, del que se aprovechó mi tía Sandalia...

Insuperable temor me acosa ante el tema que se me presenta y sobre la blancura del papel habré de desarrollar, dibujando retratos de personas que me fueron tan caras, describiendo escenas y contando hechos que recuerdan más el corazón que la memoria. No sé por dónde empezar ni si me será posible dar cima á la tarea. Una gran confusión se me ha producido en la cabeza, y como la bocanada de aire que levanta, arremolina y esparce las hojas secas, fechas, caras, sucesos y palabras, mi colección entera de recuerdos se embarulla y dispersa, se eleva y se pierde de vista.

Descansaré, tomaré un sorbito de Jerez. Ahora reconcentraré toda mi atención en este nombre: Delfina. ¡Delfina!, sí, ya la veo, ya la veo; ¡Delfina! La nube desaparece, brilla la luz, y fechas, caras, sucesos y palabras se alínean en orden, ocupan sus sitios, se aprestan á que yo les saque á la escena.

Pero antes, á fuer de buen director, cambiaré la decoración, y en vez de mi rincón solitario de soltero, adonde me retiré al salir de la tienda de Vargas, presentaré un salón regio, el famoso salón de Tejera, de la calle de San Martín, frente á las Catalinas, pintado mil veces por las crónicas y perdurable en los anales de la elegancia; tenderé sus paredes de amarillo damasco; haré resaltar el dorado de sus artesones y el

mérito de sus retratos, especialmente el de mi tía Transitito; pondré en redor los sofás y los altos sillones, todo tal cual lo exponía mi tía Sandalia cuando calmadas las convulsiones políticas, muerta la tiranía y triunfante el renacimiento democrático, volvió á abrirlo para solaz de la aristocracia y estrado de su ingenio. Y puestos en círculo curioso las damas y los caballeros, al grave compás de melancólico minué, haré aparecer una graciosa pareja: ella, peinada de cocas y tirabuzones, con falda de alepín verde-mar y manteleta blanca de encaje, zapato atacado y media calada; él, de ancho corbatín, frac azul con botones amarillos y ajustado pantalón color patito. ¿Quién es él? ¿Quién es ella? Él, ¡ay!, soy yo; ella..., ella es Delfina.

III

Esta mañana me ha dado *Bullebulle* un grandísimo disgusto. Aunque esfumado con disculpable torpeza, mi retrato moral aparece en las páginas anteriores, no faltándole sino aquellos retoques y pinceladas que los hechos sucesivos se encargarán de acentuar; tiempo es ya, para que se me conozca por completo, que diga la cara que tengo, ó mejor, que tenía; pues la de ahora, si bien conserva sus rasgos principales y el blanqueo y curtido de los años no me han desfigurado mucho, que más que los años son las pasiones las que arruinan y derrumban al individuo, en verdad no es

aquella misma del salón de Tejera que la emoción coloreaba muy á menudo ante la señorita de Daver, y cuya melena rizada, como los gajos de un sauce, som-



Al grave compás de melancólico minué, haré aparecer una graciosa pareja

breaba melancólica la ancha frente y los ojos tristonés.

Ésta, con idéntico parecido, la retrataba la miniatura que está sobre la consola, junto á la de Delfina, la Delfina de entonces, y que por mi mal pedí á *Bu-*

5